

No hablamos aquí de la suerte que corriera el derecho en oriente y occidente. Trivial es afirmar que el derecho romano fue fecundo y estable en todas sus andanzas, porque era el derecho de los hombres.

Damos por concluído este estudio, al dejar constituído el cuerpo del derecho, obra inmensurable y, como tal, vituperada por unos cuantos, exaltada por los más y, en todo caso, tenida como esfuerzo superior de una de las más vastas inteligencias.

JESUS ESTRADA MONSALVE
alumno oficial.

El Búcaro de cristal

—¿Conque no está aquí en el pueblo la familia de Elena?—inquirió Tomás.

—No—le respondió Pilar, su hermana—. Según sé, pasarán unos días en el balneario, y luégo volverán.

Tomás se acomodó mejor en el banco, y dejándose mecer por el susurro de la gigante acacia que le daba sombra, guardó silencio.

Entonces Pilar, pensando que su hermano deseaba entregarse al reposo y a los recuerdos, abandonó discretamente el jardín y entró en la casa.

¡Qué de cambios hallaba Tomás en el huerto! ¡Mentira parecía que sólo en esos dos años que duró su ausencia, los árboles hubieran crecido tanto!...

Los midió con los ojos, y después de contemplarlos largamente, se hundió en el recuento de sus memorias.

Largos y cortos, a la vez, parecíanle esos dos años de estudio que había pasado lejos de su pueblo; largos, cuando tuvo que contarlos día por día; cortos, al verlos, por fin, concluídos, conduciéndole amablemente hacia el rincón preferido, ese dulce rincón donde estaba su casa, su familia, Elena....

Tomás se recostó en el banco, y fijando la mirada en el horizonte, reconstruyó el idilio.

Ella, Elena, había sido su compañera de juegos en la infancia. Juntos habían cazado mirlos, mariposas, abejas, moscardones; juntos habían tejido guirnaldas con rosas y madreselvas; juntos habían perseguido lagartijas y grillos... ¡Cuántos paseos por el valle acompañados de las dos familias! ¡Cuántos altos bajo los árboles! ¡Cuántos descansos a la orilla del río... Después, las cosas habían cambiado un tanto, porque Elena no era ya una niña. Cesaron, pues, los juegos y los paseos por el campo. Asimismo, las dos familias, sin motivo quizás, y sólo por seguir la ley de que no hay nada durable en este mundo, dejaron de verse. Pero Tomás, fiel a su devoción, buscaba ocasiones para encontrarse con su camarada, ya cuando ella salía del colegio, ya cuando la banda tocaba en el parque de los Olivos y el pueblo entero se daba cita allí para escuchar la música.

—Nuestras familias no se visitan ya como antes—decía Tomás a Elena con la voz entristecida.—Pero yo—agregaba—soy el mismo.

—Y yo la misma—respondía su amiga con seguro acento.

Cierto que los dos camaradas continuaban siendo amigos; pero las posibilidades de verse con la frecuencia de antes, habían minorado también. Y, como consecuencia natural, aquella confianza plena que existía entre uno y otro, comenzó a transformarse, degenerando en timidez. Además, ¿cómo tener la valentía de otro tiempo ante los ojos de Elena, que habían crecido tanto, cuando su voz no era ya la misma, cuando de sus labios salían discursos que acusaban tanta comprensión y lógica?

El joven, influido por aquellos cambios, llegó a encontrarse un día con que él también había sufrido una

transformación; en efecto, su apego a Elena no era ya el afecto sencillo que une al niño con su compañera de juegos: era una devoción emocionada y tímida que le quitaba franqueza, pero que tenía cogido por entero, robándole mente y alma. Tomás, frente a frente de ese nuevo aspecto, se había detenido en su vida para estudiar los motivos de tal evolución, y ya sin sorpresa pudo dar con la verdadera clave de todo: su afecto amistoso por Elena se había trocado en amor. No pasaba otra cosa. ¿Qué hacer entonces? Lo único indicado: confesar a su amiga la verdad.

Tomás se inclinó en el banco, y entrecerrando los ojos, recordó emocionado aquella entrevista. Había sido al caer de la tarde, a través de la reja que rodeaba el jardín de Elena. El sol moría en el horizonte; el cielo, a lo lejos, se había enrojecido; pero el huerto de la amiga predilecta, envuelto del todo por el follaje de las lilas en flor, se hundía en la sombra. Y así, casi sin verse, aprovechando un hueco que dejaban las rosas trepadoras, Tomás confesó la verdad, aquella hermosa verdad de amor, que sonaba al unísono con el viento y que parecía perfumarse con todas las fragancias del jardín...

El mozo suspiró al recordar esos instantes, y vió de nuevo a Elena, inclinada, con la vista en el suelo, con los labios entreabiertos por la emoción, poniendo sobre ellos un discreto dedo, porque alguien se acercaba dentro del jardín.... El silencio les cobijó durante algunos momentos; y como los pasos importunos volvieran a dejarse oír, Tomás había tenido que alejarse, y esa primera entrevista quedó en suspenso, al igual de una hojilla que el viento se lleva.... Mas, pocos días después, y en el mismo sitio, la escena se repitió; y entonces nadie fue a interrumpirle. ¡Qué dulzura!

Tomás volvió a deleitarse con ese recuerdo; y de

allí pasó] a los otros, hasta llegar al más triste: el de la despedida.

—Párto mañana—había dicho una tarde a Elena.—Mi padre me lo exige.... Tengo que obedecer. Pero estos dos años de ausencia nada podrán sobre mi corazón. El estudio me guardará todo entero para tí. Volveré....

Elena había bajado la cabeza, resignada, y entonces él, poniéndole en las manos aquel artístico búcaro de cristal azul que formaba sus delicias desde que era niño, le dijo emocionado:

—Este búcaro hablará.... El sabrá decir la verdad en todo instante.... El te repetirá noche y día lo que yo te quiero....

Elena tendió las manos para recibir el presente, y después de apretarlo contra su corazón, lo contempló extasiada.

Aquel búcaro semejaba el cáliz de una flor. Sobre el tono azul de los pétalos, algunas gotas blanquecinas de cristal fingían un salpique de rocío; y abajo, escondido en el pie, llevaba escrito, con letras minúsculas color de acero, este lema que los dedos de Tomás habían grabado y que parecía representar su amor: *Yo soy sinceridad; yo soy verdad.*

—El búcaro habla...., ya lo ves—dijo Tomás nuevamente, señalando aquellas letras.—Yo me voy, pero él se queda aquí.... ¡Cuántas cosas le he encargado!

Después había venido la ausencia, la separación de los dos, y luego, las cartas, muy pocas por cierto, ya que reinando la frialdad entre las familias de ambos, no parecía oportuno externar ese amor.

Tal era la historia que Tomás, al día siguiente de llegar a su pueblo, repasó punto por punto bajo la gran acacia del jardín.

—¡Yo, que hubiera querido volar en el viaje, para llegar cuanto antes...., y Elena, que no se encuentra aquí!....

Esta amarga reflexión cerró la historia de los recuerdos. Y en seguida el joven, levantándose del banco, entró en la casa.

Pilar y su madre, como abejas atareadas, se ocupaban en ordenar la alcoba del recién llegado, guardando en los armarios la ropa que asomaba aún por las fauces de las maletas....

—Todo quedará muy bien—dijo Pilar a su hermano.— De nuevo estará tu nido como antes....

Tomás besó tiernamente a las dos mujeres, y después comenzó a prepararse para salir.

—Tengo que llevar cierta carta a la calle de la Cruz. Es encomienda que un amigo me dió al venirme.... Se trata de su primo, pintor notable por cierto, que está pasando aquí una temporada para copiar del natural escenas y paisajes típicos.... Me pidió que le visitase.... Marcho, pues, en su busca.

Tomás descolgó el sombrero y se dirigió hacia la puerta. Ya en la calle, volvió a entregarse a sus recuerdos, lamentando que Elena estuviese ausente.

—Ella es mi vida—pensó.— Creo que hasta el valor va a faltarme cuando la vea....

Ensimismado en sus reflexiones, sólo volvió a la realidad al sentir en la mano el aldabón de la puerta que buscaba.

A los golpes, un joven acudió solícito.

—¿Vive aquí D. Fernando Morán?

—Soy yo, precisamente.

—¡Ah! Mucho gusto.... Traigo una carta de su primo....

—Sí, sí; la esperaba ya. Sirvase usted entrar. Por aquí, por aquí.... Pasemos a mi estudio.

Tomás fue conducido a través de varios pasillos angostos y largos, hasta llegar a una extensa galería llena de cuadros grandes y pequeños, pendientes unos

de las paredes y otros de las columnas que ornaban la estancia. En el centro de ella, un gran caballete sostenía la tela que el artista pintaba momentos antes de abrir la puerta.

—Estoy copiando el río—dijo a Tomás.—Exámínelo usted para ver si le encuentra el parecido. Frente a frente de sus aguas, trazo un pequeño apunte, y luego, con él a la vista, vengo a trabajar aquí. ¿Reconoce usted su río, su hermosísimo río, que para mí no tiene igual?....

—¡Yá se ve que es éll—dijo Tomás con entusiasmo—Está tomada la vista desde el recodo, ¿no es así? ¡Cuántas veces me he sentado bajo los sauces que sombreaman ese rincón!.... Es usted un gran artista....

El pintor había invitado a su visitante para que tomara asiento junto a la ventana. Desde allí se veían las puntiagudas torres de la Iglesia, carcomidas, oscuras, manchadas a trechos por el musgo.

—He pintado también ese trozo—dijo Fernando Morán selañando hacia las torres y trayendo en seguida la tela donde éstas aparecían.—Ha sido un verdadero encanto para mí copiar ese remate de Iglesia gótica.... Deben estar ustedes orgullosos de poseer tales bellezas.

—Lo estamos—dijo Tomás.—Como yo las he extrañado intensamente durante los dos años que he permanecido lejos de ellas.... Pero hoy vuelvo decidido a no salir de aquí sino para el viaje final.... Mas veo que me olvido de cumplir con el encargo que para usted me dio su primo....

Sacó la cartera, buscó entre los papeles un sobre y lo entregó al pintor.

Morán dio lectura en alta voz a la carta. En ella se hacía el elogio y la presentación de Tomás. «Ya que tú, mi querido Fernando, vas aún a permanecer allí por algunos meses, la comunicación con ese amigo mío, que

es un gran soñador y, por tanto, un gran comprensivo del arte, ha de ser para tí gratisima....»

—Sí que lo es—dijo el pintor, cerrando el pliego y colocándolo sobre una repisa próxima.

En aquel momento llamaron a la puerta.

—Como vivo solo—añadió Morán,— soy a la vez señor y criado.... Discúlpeme usted....

Y se levantó para salir. Tomás, entonces, poniéndose en pie, se dispuso a examinar de nuevo algunos de los cuadros. Ninguno como el paisaje del río. ¡Qué brillo, qué luz había en aquellas aguas!.... Iba a encaminarse hacia el caballete, cuando vió, muy cerca del sitio en que estaba, una pequeña mesa, y sobre ella, colocado artísticamente en el centro, un búcaro de cristal azul...

La vista de tal objeto no le permitió ya avanzar. Parecía increíble la semejanza que aquella ánfora tenía con otra demasiado conocida de él.... ¿Era posible? ... La misma forma, remedando una flor; las mismas gotas blancuecinas, de cristal también, fingiendo un salpique de rocío sobre los pétalos; el mismo tono azul....

Tomás, después de admirar el parecido, vaciló.... ¿Y si ese búcaro fuese el mismo, el mismo que sus manos habían puesto una tarde en las manos de Elena?.... Pero no; no era posible semejante cosa. ¡Cuán pronta está la imaginación para fraguar tempestades!....

El joven se pasó una mano por la frente, pretendiendo ahuyentar pensamientos sombríos; mas casi sin darse cuenta de ello, su otra mano bajó para tomar el búcaro.... Era preciso ver si en la base del ánfora estaba escrito, con letras de color de acero, cierto lema....

Tomás, vacilante, emocionado, clavó la vista allí deseoso aún de engañarse. Pero no; su presentimiento se apoyaba en la realidad: bien claras, como si aquello estuviese grabado con letras de fuego, aparecían las frases que su amorosa mano escribiera en otro tiempo: *Yo soy sinceridad; yo soy verdad.*

Efectivamente, el búcaro, como representación de la verdad más pura, hablaba.... Su presencia allí parecía estar impuesta por la fidelidad. Sólo se había introducido en esa casa para desenmascarar la situación, para acusar, para revelar, para hacer la luz. No en vano Tomás había confiado en él.

Iba a darle las gracias en silencio, cuando Fernando Morán se presentó nuevamente en la galería.

—Razón tiene usted—dijo a su visitante—para contemplar de cerca ese búcaro; es, en verdad, de una belleza rara.... Yo le tengo un cariño profundo....

El pintor quedó silencioso por un momento, y luego continuó la confidencia:

—Es regalo de mi novia.... Porque en esta tierra de usted he venido a encontrar satisfacción entera para mi arte, y dulzuras sin nombre para mi corazón.... Cuando páрта de aquí, no iré ya solo como vine: la mujer elegida me acompañará....

En aquel momento un ruido estrepitoso cortó el relato del pintor. Era que el búcaro, desprendido violentamente de las manos de Tomás, acababa de hacerse trizas sobre el mosaico del pavimento.... Sólo quedaban de él fragmentos pequeñísimos y un polvillo azul que dispersaba el viento por la galería.

El causante del daño, simulando confusión, profirió algunas palabras de excusa; tomó el sombrero precipitadamente y huyó por los pasillos hasta ganar la puerta de salida.

Y fue así cómo un pequeño búcaro de cristal hizo en aquella ocasión dos favores: mostrar en toda su deformidad a la mujer traidora, y separar con pretexto oportuno a dos hombres que podían matarse.

MARÍA ENRIQUETA

REVISTA

DEL

Colegio Mayor de Nuestra Señora
del Rosario

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura

*Actos oficiales del Colegio—Filosofía—Ciencias—
Literatura, etc.*

Se publica un número de 64 páginas el día 1.º de cada mes, excepto enero y diciembre.

Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

Número suelto.....	0.20
Suscripción por año (adelantada)....	2.00
Número atrasado.....	0.30

Avisos

1 Página inserción.....	\$ 6.00
$\frac{1}{2}$ » »	3.00
$\frac{1}{4}$ » »	1.50

Para todo lo relativo a la REVISTA, dirigirse al Administrador, apartado de correos número 72.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad, siempre que venga el valor del pedido.